

Nuestro saludo y nuestros propósitos

Quisiéramos, al escribir y publicar esta revista, dirigirnos a todos; pero, antes de hablar a todos, queremos dirigirnos al Gobierno, a las autoridades pertinentes, siguiendo esa costumbre del conferenciante público, que establece al comenzar, antes de iniciar el tema, una gradación jerárquica en sus saluciones: Autoridades..., Señoras..., Señores..., Compañeros...

Tenemos, ante todo, que hablar a la autoridad, porque ella es aquí tutor de todos, en lo que a las artes respecta. No hay, en la España de hoy, conciencia pública artística; la habría si existieran en España representaciones firmes, actuantes y conscientes, de todos los rumbos posibles, aunque después cada cual pensase como quisiera. ¿A quién culpar? No sabemos. En parte, a la apatía de los ciudadanos todos; en parte, a los Gobiernos, que han estado manteniendo, en todas las regiones oficiales, cierta mezcla de abandono y partidismo, que persiste en este régimen, y que ha trascendido a "la calle", esa ya famosa "calle", tan llena de ambigüedades y de encrucijadas.

Sabemos, sí, perfectamente que no habrá salvación efectiva mientras cada cual, cada hombre, no sienta, por su parte, entre las necesidades apremiantes de su espíritu, la necesidad del arte, la afición a fomentar la producción y la compra de obras de arte; pero, dado que no existe esa afición en la medida o en la altura de nivel que corresponde a la actividad de un pueblo al día, compete a la autoridad —a nuestro juicio— acudir al remedio del colapso, asumiendo la inicial intervención, iniciando por su cuenta el movimiento.

De ahí que nuestras palabras —aparte lo protocolario— vayan, ante todo, al Gobierno: a la autoridad que rige los destinos de la España oficial de estos momentos.

Al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes y al Director General de Bellas Artes

La Sociedad de Artistas Ibéricos se manifestó en España hace unos años, y ahora se organiza de nuevo y con más firme volumen, con objeto de representar y defender los fueros de toda una mitad de la civilización artística—la más importante acaso y, desde luego, la que más caracteriza nuestro tiempo—, por completo abandonada entre nosotros, y sin que nadie la atienda, ni la muestre, ni la inculque de una manera orgánica y constante.

España, Sr. Ministro, está viviendo, en lo que se refiere al arte plástico, por completo en la cuneta de la cultura mundial desde hace cerca de un siglo. No se puede tener, como se ha tenido a España, más completamente aparte de la Historia.

El mundo de la plástica ha vivido en los últimos cien años el siglo más espléndido, más esencial y profundo que haya podido nunca existir en la Historia de las Artes, desde que las Artes existen. Puestos a señalar jalones en la Historia, quizá no puedan ser citados más que tres que puedan competir en fundamento y alcance: el Helenismo, el Renacimiento y el actual: la revolución plástica, desde el impresionismo hasta ahora, y la revolución teórica inherente, desde la fundación de la Estética como ciencia independiente hasta estos días.

Pues bien; este movimiento—que ocupa un siglo entero, y que ha llenado y llena el mundo todo—no ha pasado jamás por Madrid, y casi no ha pasado por España.